Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 2 (1991)

Artikel: De Raimundo Lulio al Vaticano II : artículos escogidos
Autor: Sugranyes de Franch, Ramon
Kapitel: La doctrina misional de Raimundo Lulio
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840881

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 02.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

LA DOCTRINA MISIONAL DE RAIMUNDO LULIO

LA IDEA MISIONAL EN EL SIGLO XIII

Con los albores del siglo XIII, una nueva primavera vino a renovar la savia espiritual de la cristiandad. San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, con las órdenes que respectivamente fundaron, fueron sus flores primicerias, llenas de promesas. Ambos fundadores habían comprendido que la misión salvadora encomendada por Cristo a su Iglesia permanecerá incompleta mientras haya en el mundo hombres que ignoren el mensaje cristiano. Y ambos inscribieron en su programa la evangelización de los infieles: Francisco, en la propia regla de su orden; Domingo en sus cartas y en un decreto del segundo capítulo general de Bolonia en 1221. Uno y otro, no sólo se alegraron de ver partir para las misiones a algunos de sus hermanos, sino que se propusieron predicar con el ejemplo: en 1219, Francisco se presentó, solo y sin armas ante el sultán de Damieta; Domingo, por su parte, ya en 1217 se declaraba pronto a partir para convertir a los paganos, una vez que hubiese dejado bien organizada su orden. Más realista quizá que Francisco, se daba cuenta de la dificultad de convertir a los musulmanes en su propio país y se disponía a partir para el Norte, hacia Prusia y los Países Bálticos. Pero la muerte le impidió poner en práctica su resolución.

«El siglo XII había dado a la Iglesia sus cruzados; el siglo XIII le devolvió sus misioneros»[1]. La hora de las cruzadas guerreras había pasado para siempre. El Islam parecía haber dejado de ser una amenaza, desde el punto de vista militar, en los confines de la Europa cristiana. Si los Santos Lugares se había perdido definitivamente (Jerusalén cayó en 1187), el Imperio bizantino y el reino latino de Chipre constituían, en oriente, bastiones quizá provisionales, pero por de pronto suficientes. En España, rota la última ola de invasores marroquíes en las Navas de Tolosa (1212), el Islam se bate ya en retirada. Inesperadamente, el peligro musulmán va a cambiar de signo: el campo de batalla pasa al dominio intelectual y provoca en las universidades europeas la gran crisis espiritual del «averroísmo» Derivado de los filósofos árabes de tendencia aristotélica y neoplatónica, que pretendían explicar racionalmente el universo, el averroísmo escinde la unidad de lo verdadero con la teoría

de la doble verdad, una teológica, revelada, y otra que la filosofía puede alcanzar por sus propios medios, en posible pugna una con otra.

Por lo demás, en el terreno político, la conciencia de lo que hoy llamamos el nacionalismo iba ganando cada vez más a los príncipes cristianos. La oposición de un rey que tiene sueños imperialistas y teocráticos, como Felipe el Hermoso de Francia, con un pontífice lleno de ambiciones políticas, como Bonifacio VIII, demuestra que ya entonces (un poco antes de 1300) era imposible levantar la cristiandad en un alarde de heroísmo como el de las primeras cruzadas. El mundo occidental está ahíto de aventuras sangrientas. La caballería se va convirtiendo en un deporte en vez de ser un ejercicio casi religioso.

Esta fatiga de la que fue hasta entonces la clase dirigente, permite el ascenso histórico de un nuevo sector social, el de los ricos mercaderes y los ciudadanos de los municipios. Pero el desprestigio de lo heroico-militar favorece también la eclosión de un admirable renacimiento espiritual. A partir del siglo XIII, la exigencias de una nueva sensibilidad religiosa, las necesidades del combate de la inteligencia, la frecuencia de contactos culturales y comerciales con los países musulmanes que a pesar de todo se han ido estableciendo, todo ello postula para la lucha religiosa nuevas armas puramente espirituales: la predicación y el ejemplo, la persuasión racional y el testimonio personal, hasta el martirio.

Así se fueron desarrollando las actividades misioneras, especialmente de las dos órdenes medicantes, cada una según los caracteres de su propia espiritualidad. Los franciscanos, llenos de espontaneidad, predicaban por el ejemplo directo, arrostraban el peligro e incluso buscaban el martirio[2]. Lo cual no les impidió llevar a cabo, de parte del Papa, ciertas misiones a la vez apostólicas y diplomáticas. Giovanni di Pian Carpino (1246) y Guillaume de Rubrouck (1254), en Mongolia, Giovanni di Monte Corvino, en China (1289-1328), son nombres ilustres de la expansión misionera. Los dominicos, puestos a su vez en contacto con el Islam, se dieron cuenta de que el enemigo era muy fuerte, intentaron llevar el combate al terreno doctrinal e introdujeron la misión por la controversia. Para ello era preciso estudiar metódicamente la lengua, la cultura y la religión de los árabes y también de los judíos. La primera decisión en este sentido es probablemente la del capítulo general de París en 1236 y las primeras escuelas de lenguas orientales las que se abrieron en Tierra Santa en 1237. De 1250 a 1300, los grandes dominicos catalanes, san Ramón de Penyafort., Ramón Martí, Romeu Sabraguera y tantos otros, crearon un gran número de escuelas de árabe y de

hebreo, en Barcelona, en Valencia, en Játiva, en Murcia, lo mismo que en Túnez y otras ciudades de España o de Africa, ya aisladas, ya integradas en los *Studia* dominicanos que florecían entonces[3]. En estas escuelas se formaban temibles polemistas, tanto para la disputa oral como para la redacción de doctos volúmenes de refutación del Corán[4].

RAIMUNDO LULIO Y SU PROGRAMA APOSTÓLICO

Este florecimiento primaveral de las misiones en el siglo XIII encontró en Raimundo Lulio no sólo un apóstol ardoroso sino además un teorizador consciente. El celo por la conversión de las almas que lo devoraba es lo que hizo del ex-senescal del Infante Don Jaime, hijo segundo del Conquistador, un teólogo, un filósofo y hasta un literato. Toda la obra luliana tiene una clara intención apologética. Esto es hoy día cosa sabida. Quizás lo sea menos el hecho de que el mismo esfuerzo de reflexión, dictado por la preocupación central de conducir a los infieles a Jesucristo, inspiró a Raimundo Lulio una verdadera *misionología*; es decir, una teología y una metodología de la evangelización.

Raimundo Lulio fue un espíritu genial, uno de esos grandes hombres de que en su siglo fue tan fecundo en Europa. Mejor que nadie, él encarna, como animado de un don profético, el origen del movimiento misional moderno. Y en esto consiste su originalidad: en plena edad media fue el primer misionólogo del mundo cristiano. ¡Personalidad singular y paradógica la del apóstol «catalán de Mallorca» —como él mismo se designaba! Fue a la vez un representante característico de su época y de su nación —la época, hechida de inquietudes espirituales que dio nacimiento a la *Divina Commedia*, la nación que había creado entonces una verdadera «thalassocracia», un imperio marítimo en el Mediterráneo—, y un espíritu solitario, cuyas visiones sobrepasaban con mucho los puntos de vista de la mayoría de sus contemporáneos, mientras en otros aspectos acusaban actitudes retrógradas.

Apenas se levantó, tocado por la gracia, al día siguiente de aquella noche que pasó insomne y en congoja, «ya debatiendo consigo mismo, ya orando a Dios con fervor» (son la propias palabras de la *Vida coetánea* de 1311), le pareció a nuestro Beato que «nadie podía prestar a Cristo mejor ni más grande servicio que dar la propia vida y el alma por amor a El y a honor suyo». Pero con una finalidad muy precisa: «convirtiendo a su culto y servicio a los sarracenos...». Y poco después, añade el biógrafo coetáneo (aunque probablemente tenga razón el más reciente de sus biógrafos, padre Miguel Batllori[5], al afirmar que la actuación sis-

temática y conjunta del programa haya que retrasarla hasta 1286), «un cierto impetuoso y embargador dictado de la mente» le hizo concebir un triple programa apostólico: aceptar la muerte por Cristo, convirtiendo a su servicio a los infieles; escribir un libro, el mejor del mundo, a cuyos argumentos los infieles deberían necesariamente rendirse; y por último solicitar del Papa y de los príncipes cristianos la fundación de monasterios en donde personas escogidas religiosas y otras para ello idóneas irían a estudiar los lenguajes de los sarracenos y otros infieles.

Toda la vida y la obra misma del apóstol están contenidas en ese programa, que encierra asimismo el embrión de su método misionero. La condición previa es sin duda desear ardientemente la conversión de los infieles, desearla con una voluntad heroica, única capaz de arrancar a Dios las gracias necesarias para el apostolado: «El Amigo velaba, ayunaba, hacía limosnas, lloraba y se iba por las tierras extrañas, a fin de excitar la voluntad de su Amado a que enamorase a sus súbditos, para que por ellos fuesen honradas sus honorabilidades»[6]. Con esta condición, el misionero puede contar con la ayuda de su Amado.

Raimundo Lulio es optimista. Cualquier empresa parece realizable cuando él la expone. Y sin embargo, su propio testimonio, si ignorásemos la historia, bastaría para convencernos de su fracaso, tanto cerca de los cristianos, como en sus intentos de predicación en tierra de infieles. Pero ningún obstáculo es lo bastante fuerte para abatir su valor, para hacerle abandonar su noble testarudez. El optimismo luliano tiene su origen en el exceso mismo de su amor, en la sobreabundancia de su vida mística. Es decir, en el primer punto de su programa apostólico. ¿Cómo no iba a ser optimista quien no busca otra cosa que morir por amor? El martirio es así supremo acto de amor de Dios y testimonio por añadidura de valor ejemplar, esencial para la propagación de la fe.

LA CONVERSIÓN «PER MANERA D'AMOR»

La teología misional de Raimundo Lulio se basa en unos pocos principios, simples, pero nuevos para su época. El primero es que la conversión de los infieles debe ser eminentemente una obra de amor, consecuencia del amor primero de Cristo hacia todos los hombres. Pero como ninguna cosa puede ser amada ni odiada si no es previamente conocida, la obra de amor debe proponerse, ante todo, a la inteligencia. Y de ahí deriva el deber de actuar sobre la inteligencia de los infieles, predicándoles la verdad, y la preocupación constante de Lulio de empezar por convertir a los «sabios» —a los «intelectuales», diríamos nosostros—, entre los infieles.

Es decir, iluminar los espíritus a fin de preparar los corazones a la efusión de la gracia: lo que modernamente se llama el «apostolado intelectual»[7].

El segundo principio, derivado del primero, es que, tanto por parte de quien predica como por parte de quien recibe el Evangelio, la conversión será un acto de libertad. Sin duda alguna, si Dios quisiera, el mundo entero abrazaría el cristianismo. Pero Dios no quiere coaccionar la libertad del hombre: Lulio tiene siempre sumo cuidado en preservar el libre albedrío, que considera como el eje de las relaciones entre la criatura y su Creador. Por eso reacciona constantemente contra la objeción basada en la omnipotencia de Dios y en una doctrina grosera de la predestinación que a buen seguro oponían las gentes a sus proyectos misioneros. La santa Iglesia, en la persona de san Pedro, recibió de Jesucristo el mandato de convertir a los que están en el error. Pero Dios no hará violencia al libre querer de los errados para forzarles a recibir el cristianismo, ni hará tampoco violencia a la libre voluntad de los cristianos para que vayan a predicar a los infieles[8].

Por ello Lulio se opone al uso de la fuerza para conquistar las almas y hace la apología de las armas espirituales —las que no se embotan ni pueden romperse, las que cuanto más se usan más agudas y eficaces son—, las armas de Cristo y de los apóstoles «que convirtieron el mundo con su predicación y derramando lágrimas y sangre y con muchos trabajos y con dura muerte»[9]. Al respeto escrupuloso de la libertad humana y a su fe inconmovible en las armas del espíritu (oración y sacrificio), Lulio añade una confianza absoluta en las armas espirituales: para él, ningún ser humano de buena fe, razonando libre y desapasionadamente, puede dejar de adherirse a los dogmas cristianos si estos se le demuestran racionalmente, por «razones necesarias» —según su propio *Arte*, que constituye el segundo punto del programa apostólico— como veremos después.

Esta ideas fundamentales de la teología luliana de la conversión —vale la pena de subrayarlo— se encuentran en todas sus obras, sin excepción (desde el *Llibre de Contemplació en Déu*, con que inaguró espléndidamente su actividad de escritor[10], hasta los opúsculos compuestos en Mallorca y en Sicilia en los últimos años de su vida). Y siempre van acompañadas de una actitud respetuosa hacia los infieles y una presunción de buena fe en su favor, que ningún lector puede dejar de admirar por poco familiarizado que esté con la literatura apologética medieval. Jamás pone en duda la sinceridad ni el espíritu religioso de los infieles o de los cristianos disidentes. Un sabio judío, o un rey sarraceno,

o simplemente los fieles musulmanes que escuchan la predicación de los místicos del Islam, lloran lágrimas de amor y de devoción sincera.

La apología de las armas espirituales había de conducir necesariamente a nuestro Beato a la condena de toda violencia contra los infieles y en particular de la «guerra sensual» contra los musulmanes. A partir del *Llibre de Contemplació*[11], la censura de las guerras de religión no faltará en ninguna de las obras del maestro, incluso —paradógicamente— en las que tiene por objeto proponer al mundo una nueva cruzada. He aquí un magnífico apóstrofe del *Llibre de Passatge*, recientemente descubierto, que me place traducir por primera vez al castellano: «Más vale dominar a los infieles en la discusión, convenciéndoles por las dignidades divinas y por razones necesarias, que guerrear contra ellos y quitarles la vida con la espada y arrebatarles las tierras que poseen. Convirtámosles, pero dejémosles gozar de sus bienes. ¡Lo que cuenta es la concordia y el amor!»[12]. La crítica más severa de Raimundo Lulio contra las cruzadas —y adviértase que se trata esta vez de las cruzadas propiamente dichas, oficialmente proclamadas para el rescate del Santo Sepulcro—, figura en un pasage famoso de *Blanquerna*[13] en que las compara a la «guerra santa» de Mahoma y en que deduce de los fracasos reiterados de los cruzados en Tierra Santa que Dios no aprueba esta clase de expediciones. Irónicamente esta afirmación de Lulio la atribuye nada menos que al sultán de Babilonia, en una carta que dirije al papa y a los cardenales...

En todos sus puntos de vista sobre estas cuestiones, nuestro Doctor iluminado va más allá que sus maestros —¡si en su caso se puede hablar de maestros! Entre sus contemporáneos, el franciscano Rogerio Bacon y el dominico Ricoldo de Montecroce son quizás los únicos que se atrevieron a manifestar también sus dudas acerca de la eficacia, tanto espiritual como temporal, de las cruzadas. Santo Tomás de Aquino —y con él san Ramón de Penyafort— se limitaban a negar, clásicamente, la validez del bautismo administrado a la fuerza[14].

LAS «RAZONES NECESARIAS»

El segundo punto del programa apostólico de Raimundo Lulio consistía en la composición de un libro destinado a provocar por «razones necesarias» la adhesión de los infieles a la fe. En realidad no fue uno el libro compuesto con tal objeto, sino una larga serie de obras intituladas *Artes*, unas generales, otras particulares —aunque ninguna lleva el nombre de *Ars magna*, con que la tradición ha designado el conjunto de todas ellas. No podemos, ni debemos, en este artículo emprender el aná-

lisis de tales obras. Lo cual supondría el estudio dilatadísimo de las doctrinas teológicas y filosóficas del maestro. Pero nos es en cambio imposible soslayar el problema metodológico que plantea esta arma que Lulio considera fundamental para su cruzada persuasoria y las consecuencias doctrinales que lleva anejas. Lo haremos brevemente, recordando al lector curioso que este problema (como los demás de este artículo) los hemos tratado con mayor detenimiento en otro lugar[15].

De hecho, las tesis del Doctor iluminado sobre la posibilidad de «demostrar» racionalmente el dogma católico y de obtener la convicción de los infieles por argumentos razonables —*rationes logicales seu necessariae*— han levantado controversias ardientes en el decurso de los siglos y han traído sobre su autor la sospecha vehemente de heterodoxia. Reconozcamos de plano que tales tesis, com son en realidad, despojadas de todas las desfiguraciones de que las han cargado enemigos interesados o admiradores demasiado celosos, son bastante frágiles. A además han evolucionado considerablemente durante la larga vida intelectual del maestro. Las atinadas conclusiones de los señores Carreras y Artau —en éste como en otros tantos puntos— hacen perfecta justicia a la exagerada pasión apologética de Raimundo Lulio[16]. En suma, sus posiciones doctrinales no van mucho más allá de las de toda la teología agustiniana de la edad media. Un optimismo análogo al del catalán triunfa en sus predecesores, como san Anselmo y los Victorinos. Todos ellos reivindicaban para el cristianismo firme en su fe la posibilidad de demostrar por razones *non modo probabiles verum necessariae* hasta los dogmas de la Santísima Trinidad y de la Encarnación —razones que en fin de cuentas no son más que *de congruencia*. En diametral oposición al averroísmo, los planos respectivos de la naturaleza y de la gracia, de la especulación racional y de la fe, tendían cada vez más a confundirse, hasta que Alberto Magno y santo Tomás de Aquino supieron establecer entre ambos una distinción formal. Raimundo Lulio se empeña en dar una interpretación muy extensiva del *credo ut intelligam* y, llevado de su temperamento apasionado, se deja arrastrar a ilusiones —y a promesas— que exceden con mucho el contenido real de su pensamiento.

Añadiremos aquí una observación general que va a esclarecer singularmente los motivos de la posición de Lulio en este problema de las relaciones entre la fe y la razón: nuestro apóstol se dirije a los musulmanes, cuya religión no conoce misterios propiamente dichos, y quiere combatirlos en su propio terreno. Por esto adopta sus métodos de pensar. Ahora bien, la teología musulmana tradicional, el *kalam*, no se propone como la teología cristiana un esfuerzo especulativo destinado a una

mejor explicación, a una más cabal inteligencia de los dogmas. Su finalidad es puramente probativa y defensiva. Se trata de apoyar con argumentos racionales las creencias religiosas, de «demostrarlas». Puesto que las proposiciones de fe contenidas en el Corán no revelan el misterio intrínseco, imparticipable, de la ciencia divina, sino tan sólo lo que de ella puede comprender la razón humana[17].

Esto, Raimundo Lulio lo sabe. El gran muftí de Bujía —el «obispo sarraceno» de que habla ingénuamente su biógrafo coetáneo[18]— se lo dice claramente: «Si crees que la ley de Cristo es verdadera y consideras falsa la de Mahoma, aduce una razón necesaria que lo pruebe». Y Lulio quiere aceptar el reto de los doctores del Islam. ¿Que la teología musulmana quiere demostraciones ciertas? El no se va a quedar atrás y les dará pruebas tales de los dogmas cristianos que ninguno de sus contradictores podrá rechazar de buena fe. Esta era por lo menos su intención...

MÉTODOS DE EVANGELIZACIÓN

Si la moderna ciencia de las misiones se ha podido definir como «una apologética basada en la etnografía», no cabe duda que Raimundo Lulio fue uno de sus fundadores. Y lo que le condujo a ello fue simplemente el desarrollo del tercer punto de su programa de vida. Puesto que él está convencido de que las mejores disposiciones en el alma del apóstol no bastan para el éxito de su empresa si no les acompaña el conocimiento indispensable del medio en que deberá actuar y las armas intelectuales que le permitirán empeñar el combate. El Doctor iluminado, como buen mediterráneo, es a la vez un soñador y un espíritu práctico. Así es como se dedicó a elaborar un verdadero método para evangelizar a los infieles. Y sabida es la importancia que en su filosofía, como en todo su pensamiento, atribuyó siempre a las cuestiones de método. Sus planes de evangelización no dejó de completarlos y precisarlos durante toda su vida, así como no dejó de defenderlos contra las objeciones que levantaban o contra el menosprecio con que eran acogidos. Algunas estrofas del *Desconhort* (XXVII a XXXVIII) ponen de relieve las más escandalosas de las objeciones corrientes entonces contra la actividad misionera y contra los proyectos de Lulio en particular. Y un bellísimo versículo del *Libro del Amigo y del Amado* conserva el eco, transfigurado por la oración, de su deseo de perfeccionar el método y de las polémicas que suscitaba[19]: «El Amigo rogaba a su Amado que le enseñase la manera de hacerle conocer, amar y glorificar por las gentes. El Amado llenaba a su Amigo de devoción, de paciencia, de caridad, de tribulaciones, de pensamientos, de sus-

piros, de llantos y el corazón del Amgo ganó audacia bastante para glorificar a su Amado, las alabanzas salieron de su boca y su voluntad supo menospreciar la reprobación de las gentes que juzgan falsamente».

Para convertir a los hombres es preciso conocer con suficiente detalle sus crencias actuales. De donde la necesidad de estudiar científicamente las varias religiones. Y con las creencias se deben estudiar las costumbres, la filosofía, los modos de razonar de los pueblos a los que se desea ir a predicar. Y en esto también, como en el apostolado martirial, Lulio da el ejemplo poniéndose a estudiar seriamente la lengua árabe y el pensamiento del Islam. Con menos profundidad, pero con indiscutible acierto, el maestro habla también del cristianismo bizantino, de la religión judaica o del mundo de los tártaros[20].

No hay, por decirlo así, ninguna obra de Raimundo Lulio, cualquiera que sea su objeto principal, en que el autor no insista sobre la enseñanza misional. La necesidad de formar obreros calificados para la mies del Señor se ha hecho en él casi una obsesión. A veces se trata simplemente de aprender las lenguas orientales; pero con frecuencia no deja de ampliar esta enseñanza puramente instrumental hasta una formación completa del misionero. La idea de los colegios de lenguas orientales no era nueva; como hemos visto, los dominicos los habían fundado hacía años. Pero hacía falta este discípulo de san Francisco, este propugnador de la «cruzada espiritual», que había recibido al mismo tiempo la impronta dominicana, para fundar todo su método apostólico en la formación intelectual.

Una vez más, en este dominio también Lulio quiso predicar con el ejemplo. Ya en 1274 había obtenido del nuevo rey Jaime II de Mallorca, la fundación del colegio de lenguas de la Santísima Trinidad, en aquel admirable y recogido rincón de Miramar, en su isla de Mallorca —fundación aprobada por el papa Juan XXI, en una bula que se ha conservado. Fracasado este primer intento, no hay *petitio* de Raimundo Lulio a los papas o a los poderosos de la tierra en que no se contengan demandas análogas. Y finalmente, hacia el final de su vida, tuvo la inmensa felicidad de ver su idea recogida en el canon XI del Concilio general de Viena del Delfinado, en 1311: cinco colegios de lenguas se deberían crear, en Roma (o donde residiese la corte pontificia , puesto que estamos en la época de los papas de Avignon), en Bolonia, en Paris, en Oxford y en Salamanca, o sea en cada una de las mayores universidades de aquel tiempo. El Concilio precisaba que la enseñanza comprendería el árabe, el hebreo, el siríaco y el griego. Desgraciadamente, el decreto del Concilio no fue más que un eco, sin efectividad alguna, de las demandas reite-

radas de Raimundo. Pero el mérito le queda por entero: él fue quien por primera vez arrancó a la suprema autoridad de la Iglesia un decreto en que el papa reconoce entre sus deberes principales el de llevar la fe a quienes no la poseen todavía y declara que el misionero no puede emprender labor alguna eficaz sin conocer la lengua del país.

Para acercarse a los sarracenos y para converncer ante todo a los más sabios de entre ellos, nuestro apóstol recurrió asimismo al ejemplo de los dominicos. Ante sus ojos estaban las controversias doctrinales, en forma de disputas orales y públicas, que se organizaban para confundir a los infieles —musulmanes y judíos— residentes en tierra de cristianos (hay un ejemplo famoso en Paris, en 1240, y otro en Barcelona, presidido por el propio rey, a instigación de san Ramón de Penyafort, en 1263). Tales controversias, Lulio las imagina —y las pone en práctica— en tierra de sarracenos. Pero siempre dentro de una atmósfera de paz y de confianza recíproca —hoy diríamos tolerancia—, que ofrece un verdadero contraste con el tono de los polemistas de entonces: *disputando benigne et amicabiliter conferendo* dice en su *Petitio pro conversione infidelium* a Bonifacio VIII, de 1295.

Pero, ¿cómo obtener de los infieles que presten el oído a la predicación y cómo hacer para que tomen parte activa en los debates catequéticos? Nuestro utopista imaginó para ello varias soluciones: obtener por las buenas que los hombres sabios y religiosos, venidos de oriente, compartiesen durante años la vida y el trabajo de los monjes de occidente, aunque sin obligarles por ello a convertirse. ¿Y si las embajadas no daban el resultado apetecido o si los príncipes no cristianos prohibían la predicación en sus dominios? Ante tal eventualidad, Lulio vuelve a ser plenamente el hombre de su siglo y reconoce al papa el derecho de recurrir al brazo secular, no para forzar a los infieles al bautismo, pero sí para obtener que los misioneros puedan predicar libremente la fe católica. Y en todo caso, la práctica del «sermón obligatorio» que Lulio transforma a veces en toda una enseñanza religiosa obligatoria, basada en los argumentos apodícticos de su *Arte* —a los cuales necesariamente los mejores de los infieles habían de «sucumbir»[21].

Con profundo acierto psicológico y con auténtica caridad, Lulio exige como contrapartida de los cristianos que reciban a los judíos o a los musulmanes conversos sin el menor prejuicio. ¡Asusta pensar depués de esto en el daño que hicieron a la Iglesia en los siglos XVI y XVII las absurdas manías de la «limpieza de sangre»! Nuestro Beato insiste para que se deje gozar a los conversos de todos sus bienes y va hasta reclamar que en cier-

tos casos se provea a su subsistencia con cargo a los bienes eclesiásticos, y que siempre se castiguen las ofensas hechas a los conversos[22].

Por último, una de las ordenaciones imaginarias del papa Blanquerna en su Curia demuestra que el pensamiento utópico no es muchas veces más que una anticipación: tal es el caso de las fundaciones atribuidas al cardenal de *Domini Fili* en el cap, 88 del *Blanquerna*, en las que fácilmente se reconoce una prefiguración de la *Sagrada Congregación de Propaganda Fide* (¡establecida en 1622!) y análogas demandas con miras a la organización del esfuerzo misionero aparecen en las *Petitiones* de Lulio a los papas Celestino V y Bonifacio VIII.

LA CRUZADA GUERRERA

Ya hemos mencionado un caso en el que Raimundo Lulio decididamente recurre al brazo secular y propone la guerra a los príncipes infieles. Pero hasta aquí las operaciones militares no tienen más finalidad que la de permitir a los misioneros la libre predicación de la palabra de Dios[23]. Buscando una analogía a la posición de Lulio, podíamos citar el ejemplo de san Francisco de Sales, cuando para poder predicar en las tierras de su diócesis pasadas a la reforma protestante, pedía la protección del duque de Saboya. Pero Lulio va más lejos que el santo apóstol de Ginebra en el siglo XVI. Lo que el mallorquín reclama es una empresa mancomunada de la cristiandad, proclamada por el papa; la fuerza internacional empleada para proteger uno de los derechos elementales del hombre, el de la libertad de predicación. ¡He aquí un postulado luliano que seis siglos y medio más tarde nos sigue pareciendo un lejano ideal!

Más serio —y más contradictorio con sus principios teológicos de la conversión «per manera d'amor»— aparece el hecho de que en una extensa lista de *Epistolae*, *Petitiones* y tratados, Raimundo Lulio reclama con insistencia del papa y de los reyes la organización de una auténtica cruzada —la llama *passagium* que es el término técnico con que la edad media designó la expedición militar destinada a recuperar la Tierra Santa. Esta cruzada se integra dentro de los planes más vastos de reforma social, política, moral y religiosa de nuestro gran utopista. La expedición militar no es más que una etapa en la obra de conversión de los infieles. Pero la incorporación de los infieles —de todos los infieles— a la Iglesia no es sino otra etapa del retorno de todos los pueblos y de todas las razas de la tierra a la unidad de la Ciudad de Dios, de la cual Lulio es el campeón infatigable. Un apostolado muy realista para la salvación de las almas

y un sueño de unidad político-religiosa del mundo son pues dos aspectos, indisolublemente ligados, en la generosa quimera del Doctor iluminado.

¿Cómo puede darse semejante contradicción en el espíritu unitario, sintético del Maestro? No se trata en realidad de una contradicción entre dos momentos sucesivos de su pensamiento, determinada por razones externas, tácticas diríamos, como se ha sospechado[24]. Es una contradicción intrínseca en el corazón y en el espíritu de nuestro apóstol. Su corazón generoso y abierto dio al Doctor iluminado la intución exacta de los verdaderos métodos para la propagación de la fe. Pero en él, el filósofo no consiguió nunca deshacerse de una teoría de la inserción del orden temporal en el orden espiritual, que ya en su tiempo estaba superada. Según esta teoría (que fue la del llamado *agustinismo* medieval), la sociedad humana se confunde con la sociedad sobrenatural, que es la Iglesia, y el orden temporal queda absorbido dentro del orden espiritual. Es prácticamente imposible hablar de una doctrina luliana de las relaciones de la Iglesia y el Estado. Puesto que en él hay algo más que la afirmación tradicional del primado del orden espiritual. Según Lulio, el orden temporal carece de autonomía, incluso en el plano metafísico, de la causalidad o de la finalidad [25].

Por consiguiente, el poder de los príncipes está sometido al poder espiritual y el gobernante no puede sacar la espada más que por orden de la Iglesia, *ad nutum Ecclesiae*, según la fórmula clásica de san Bernardo y los teóricos del poder pontificio en tiempos de las primeras cruzadas. La traducción práctica de esta teoría, para Lulio, es que el papa posee la plenitud del poder que le confiere una autoridad eminente sobre todos los príncipes seculares, fieles o infieles. Y puesto que tiene derecho a hacerlo, ¿por qué el papa no va a obligar a los infieles, no a convertirse, pero sí a escuchar la verdad?

La contradicción estalla en los escritos de Raimundo Lulio, además, a causa de la vehemencia de su temperamento. Cuando expone su ideal misionero, lo hace atacando el uso de las armas. Pero luego le vence su propia impaciencia. Desde el cap. 346 del *Llibre de Contemplació* (1272), los planes misioneros y los proyectos militares se esbozan juntos. Sin embargo, en obras de su primer período literario, como el *Llibre d'intenció* (1282?), se afirma la prioridad ética de la conversión por encima de la guerra. Pero ya diez años más tarde, en el *Tractatus de modo convertendi infideles*, se mezclan sin diferencia alguna de intención la predicación y la guerra. Y más bien —a juzgar por la composición del opúsculo— se da preferencia a la cruzada. Vale, sin embargo, la

pena de observar que este tratado lo presenta al papa Nicolás IV, el único pontífice que se propuso entonces en serio la organización de una cruzada, y aun eso pocos meses después de la inmensa emoción que produjo en toda Europa la caída de san Juan de Acre (18 de mayo de 1291).

No se trata en realidad de un cambio radical de actitud. A los más, de una cuestión de acento. Las tesis fundamentales son las mismas, antes y después de 1291. Pero ahora, durante veinte años, el tema de la cruzada va a hacerse el centro de todas sus demandas, incluso al concilio de Viena de 1311, junto con las escuelas de lenguas orientales y demás. El otro tema, en cambio, el de la predicación, es el que le llevará solo, a las tierras de Islam para añadir el ejemplo y el testimonio martirial a sus palabras. Detenido un momento en Génova, por temor de la muerte, se lanzará finalmente hacia el martirio, suprema aspiración del místico, del que quiere morir «en pèlag d'amor».

Subsiste pues en lo más recóndito de la personalidad de Raimundo Lulio una paradoja. Y es notable (última paradoja), que la parte más nueva, la parte más revolucionaria para su tiempo —la de la misión pacífica y amorosa— sea al mismo tiempo la más realista, y en todo caso profética, de las aspiraciones lulianas. Mientras que la idea de cruzada, tan corriente hasta entonces, era ya muerta, y políticamente imposible, cuando Raimundo Lulio la hacía objeto de sus insistentes demandas.

Barcelona, 1960

NOTAS

1. ARMAND OLICHON, *Histoire de l'expansion du catholicisme dans le monde*, Paris 1936, p.143.
2. Cf. ODULPHUS VAN DER VAT, O. F. M., *Die Anfänge der Franziskanermissionen und ihre Weiterentwicklung im nahen Orient und in den mohammedanischen Ländern während des 13. Jahrhunderts*, «Missionswissentschaftliche Studien» neue Reihe, 6, Werli. W., 1934; NOE SIMONUT, *Il metodo d'evangelizzazione dei Francescani tra musulmani e mongoli nei secoli XIII-XIV*, Milan, 1947; ALEX MASSERON, *La légende franciscaine*, Paris, 1954.
3. Cf. BERTHOLD ALTANER, *Die Dominikanermissionen des 13. Jahrhunderts,* «Breslauer Studien zur historischen Theologie», 3. Habelschwert, 1924; JOSÉ M. COLL, O. P., *Escuelas de lenguas orientales en los siglos XIII y XIV*, en «Analecta Sacra Tarraconensia», 17, Barcelona, 1944.
4. Las disputas teológicas con infieles eran frecuentes y tenían lugar oficialmente, en presencia de los más altos dignatarios, tanto en la cristiandad como en las tierras del Islam. La *Summa contra Gentiles*, de santo Tomás de Aquino debió de ser un libro de texto para la formación de los polemistas en los *Studia* dominicanos.
5. MIGUEL BATLLORI,«Prólogo» al libro *Introducción a Ramón Llull*, Madrid, 1960, p. 16.
6. *Libro del Amigo y del Amado*, v. 213.
7. *Llibre de Contemplació en Déu*, cap. 346; *Blanquerna*, cap. 80, pár. 11, *Vita Beati R. Lulli*, pár. 26.
8. *Llibre de Contemplació*, 346, 19; *Doctrina pueril*, 83, 2; *Blanquerna*, 85, 5; *Desconhort*, v. 337-360, 529-540.
9. *Llibre de Contemplació*, 112, 12; 131, 20; 346, 24; *Doctrina pueril*, 71, 12.
10. El cap. 346 del *Llibre de Contemplació* es esencial para conocer el pensamiento luliano en materia misional, puesto que es el precedente de toda la larga serie de los opúsculos de propaganda ulteriores.
11. Cap. 204, pár. 25 y 27.
12. Editado por JACQUELINE RAMBAUD-BUHOT, en *B. M. Raimundi Lulli, Opera latina*, Mallorca, 1954, fasc. III, p. 109.
13. Cap. 80, pár. 1.

14. THOMAS AQUINATIS, *Summa Theologica*, II-II, q. 10, a 8; RAIMUNDI A PENNAFORT, *Summa Iuris*, I, 4, 1.
15. Cf. nuestro libro *Raymond Lulle, docteur des missions*, Schöeneck-Beckenried, 1954.
16. Cf. JOAQUÍN Y TOMÁS CARRERAS Y ARTAU, *Historia de la filosofía española cristiana de los siglos XII al XV*, vol I, Madrid, 1939, pp. 514-523; B. XIBERTA, O. C., *La doctrina del Doctor iluminado Beato Ramon Llull sobre la demostración de los dogmas, juzgada a la luz de la historia y de la sagrada teología,* en «Studia monographica et recensiones edita a maiorensis Scholla Lullistica», I, 1947, pp. 5-32.
17. LOUIS GARDET et M.- M. ANAWATI, *Introduction à la théologie musulmane*, Paris, 1948, pp. 347-373.
18. Pár. 36 y ss.
19. V. 136.
20. *Doctrina pueril*, 72, 4-7: *Liber de Sancto Spiritu*; *Libre del Gentil e dels tres Savis*; *Liber praedicationis contra Iudaeos*; *Blanquerna*, 84, 3-6; 88, 2-4. *Liber super psalmum Quicumque vult sive Liber Tartari et Christiani.*
21. *Llibre de Contemplació*, 346, 18; *Doctrina pueril*, 83, 4-6; *Blanquerna*, 80, 4-12; 87, 1, 4; *Tractatus de modo convertendi infideles.*
22. *Ibid.*
23. Cf. *Blanquerna*, cap. 87, 4.
24. En particular por ALTANER, en su artículo interesantísimo, *Glaubenszwang und Glaubensfreiheit in der Missionenstheorie des Raymundus Lullus*, en «Historisches Jahrbuch», 48, 1928, pp. 605-610. Esta misma tesis de que, en Raimundo Lulio, «el ideal de la cruzada espiritual precede cronológicamente al de la cruzada bélica», que Lulio aceptó tardíamente y sólo llevado por su impaciencia, ha sido sustentada, parcialmente, por S. GARCIAS PALOU en su libro *Ramón Llull y el Islam*, Palma de Mallorca, 1981, pp. 419-438. Véase la réplica que, en tono muy cordial, le hice en el propio libro de homenaje al Dr. Garcías Palou, *Studia lullistica. Miscellanea in honorem Sebastiani Garcías Palou,* Ciudad de Mallorca, 1989, pp. 93-99.
25. Véase para la documentación detallada de estas aseveraciones nuestra ponencia al I Congreso Internacional de Lulismo, Mallorca, 1960, sobre *Els projectes de creuada en la doctrina missional de Ramon Llull*, publicada en «Estudios lulianos», Palma de Mallorca, 4 , 1960, pp. 275-290.